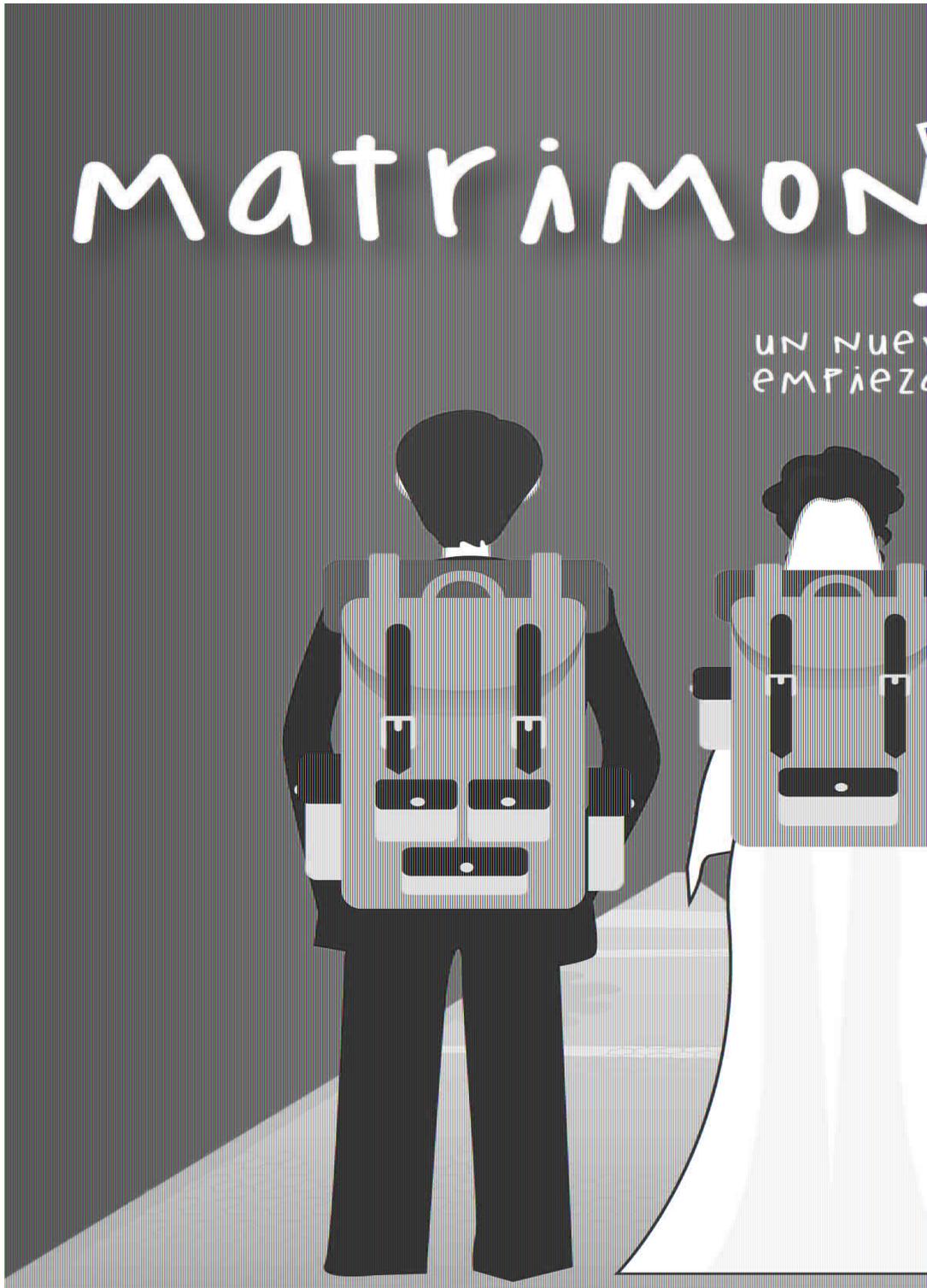


# Matrimondo

Adamas Parvata



# Capítulo 1

## **MATRIMONDO**

**Un nuevo camino empieza a surgir**

## **ÍNDICE**

Agradecimientos

Prólogo

Decisiones que cambian el rumbo

Una tradición medieval

Varanasi: un escenario devastador

¿Por qué nos casamos?

Las cosas pueden complicarse

Matrimonio

Epílogo

## **AGRADECIMIENTOS**

A los consejos de quienes leyeron el primer manuscrito: Myryam Cabezas, Eduardo Torres, Nelson Dávila, Roddy Cabezas y Pía Torres.

## **PRÓLOGO**

Recuerdo los tiempos de adolescente y las bromas que nos hacíamos entre primas, diciendo que si alguien no se casaba antes de los treinta, se quedaría en la percha, se le iría el tren, se quedaría solterona para siempre. Crecí con esas ideas en la cabeza, pensando que si a determinada edad no me había casado aún, mi futuro estaría incompleto. Y no era la única, el resto de mis amigas y primas pensaban de la misma manera. Esperábamos encontrar nuestro príncipe azul lo más temprano posible y formar con él una relación que terminara con los dos, viejitos y una gran familia feliz como descendientes.

Por supuesto, me casé, como todas lo hicimos, y debo admitir que tengo un compañero de maravilla, con el cual he vivido grandiosas experiencias.

A pesar de eso, en ocasiones me pregunto qué hubiera pasado de haber tomado otra decisión. ¿Qué hubiera sucedido entre nosotros dos de no haber firmado la declaración de matrimonio, de no haber ingresado a la iglesia? ¿Seguiríamos siendo los mismos, tendríamos la misma relación?

Viajar, en su acepción más común, es trasladarse de un lugar a otro, generalmente distante, por cualquier medio de locomoción. Los humanos que salieron de África hacia Europa y Asia fueron los exploradores pioneros y los primeros en viajar; terminaron por poblar toda la tierra, dando paso a la evolución social, a la multiculturalidad y globalización que conocemos hoy. Viajar ha sido, por siempre, un impulso proveniente de nuestra curiosidad, una necesidad presente en nuestro ADN.

Gracias a los viajes de Heródoto y a su obra *Historias*, los griegos expandieron su noción del mundo conocido, con mapas que iban desde el Danubio al Nilo y desde Iberia hasta India. Cristóbal Colón, al cruzar el Atlántico, puso en conocimiento de Europa, la existencia de América, transformando de esa manera toda la civilización existente. Los viajes al espacio abrieron a la humanidad la oportunidad de conocer el universo, pensar en poblar nuevos planetas y encontrar otras civilizaciones inteligentes. Viajar provoca cambios y descubrimientos que nadie jamás espera.

Claro que no todas las maneras de viajar generan los mismos resultados. Si Buda Gautama hubiera salido de su palacio vestido como príncipe, siendo trasladado por su cochero Chana y alimentado por sus súbditos, con los más deliciosos manjares, jamás hubiera alcanzado la iluminación. Hubiera sido siempre un príncipe, eso sí, pero la historia lo hubiera deglutido hasta el olvido sin compasión.

De la misma manera, si Charles Darwin, durante sus cinco años a bordo del HMS Beagle, se hubiese dedicado a tomar cocteles y disfrutar del sol en las piscinas de resorts de lujo, en lugar de investigar la geología y tomar muestras de la historia natural, nunca hubiera desarrollado y publicado su teoría de la evolución.

Quizás el lector se pregunte qué tiene que ver el matrimonio con los viajes. Todo lo anterior es posible que suene un poco sin sentido. Y a primera instancia es así. Cuando leí la palabra matrimondo, me pareció que los autores se habían equivocado al escribirla. Debería decir matrimonio, pensé. Luego, al preguntarles sobre el mismo, me enteré de que la expresión matrimondo se forma de un juego de palabras que reemplaza las últimas dos sílabas del término matrimonio, por la palabra italiana *mondo*, que significa *mundo*. Combina dos de los deseos más profundos de la naturaleza humana: 1) unirse con una persona a la que se ama y formar con ella una familia, y 2) saciar el impulso de la curiosidad que nos ha llevado a explorar el universo y trasladarnos por el planeta en

su totalidad.

Entonces la palabra cobró sentido y me sirvió incluso para responderme la pregunta que me había hecho antes. ¿Qué hubiera sucedido entre mi esposo y yo de no habernos casado, de no haber entrado a la iglesia y firmado en el registro civil el acta de matrimonio?

¡Habríamos seguido los pasos del matrimondo, con total seguridad!

Este libro abarca una reflexión, un poco de historia y algo más de la propia experiencia de los autores. Deberá tomarlo con calma, pues presenta ideas que van en contra de las tradiciones y pueden causar reacciones contrarias. Es posible, que al terminarlo, deba repensar su decisión de llegar en algún momento al altar. O si se trata de alguien que ya ha contraído matrimonio, le invitará a reflexionar acerca de tal decisión.

De cualquier forma, que tenga un buen viaje.

Bernarda Alba

31 de diciembre del 2017

## **DECISIONES QUE CAMBIAN EL RUMBO**

A sus treinta y tres años, y con uno de ellos de noviazgo con Amanda, Ezequiel se cuestionaba si ya era momento de dar el siguiente paso, vestirse de negro y ser acompañado por su madre al altar. La mayoría de sus amigos estaban casados, varios de ellos incluso llevaban a sus pequeños hijos al jardín, y además, su primo Rodrigo se había comprometido el verano pasado, se encontraba en la etapa de los preparativos para aquel día especial. Ezequiel sentía que la presión social le carcomía las entrañas, se agitaba cuando en las reuniones familiares le preguntaban acerca de la fecha de boda y les daba excusas a sus amigos cuando le insinuaban que se apresurara a proponerle a Amanda. Tenía la certeza de que Amanda era la mujer con la que quería estar, pero la idea del matrimonio no lo entusiasmaba por completo. Había algo en él que no lo convencía. Sin embargo, la presión de su familia y de sus amigos, lo estaban empujando a considerar seriamente esa opción.

Amanda por su parte no daba señales de que el matrimonio estuviese entre sus planes a corto plazo. A sus treinta años continuaba su vida con normalidad, contestando a las insinuaciones de boda con una sonrisa y un 'ya habrá momento para ello'. Trabajaba como profesora de inglés en una prestigiosa primaria para familias adineradas, era amigable y buena escucha. Llevaba una relación saludable con Ezequiel, pero sus intenciones con él estaban del todo alejadas a verse caminando de la mano por una iglesia. Pensaba que el matrimonio no era necesario,

consideraba que se trataba simplemente de una loca costumbre arraigada en la sociedad, en la cual se debía firmar un papel para demostrar que se quería a alguien. Eso no tenía sentido para ella, no demostraba en lo más mínimo cuánto se podía llegar a querer, respetar o a entender, entre sí, una pareja. Para ella no era necesario llegar al altar. Sabía sin embargo la presión que Ezequiel sentía, no quería que se equivocaran en la decisión. Una noche le propuso a Ezequiel lo que para ella era el mejor paso a seguir.

‘¡Vámonos un año de viaje por el mundo!’ le dijo. Ahorremos dinero por unos meses y apenas se case tu primo Rodrigo, tomamos nuestras mochilas y salimos.

‘¿Viajar por el mundo, Amanda? ¡Suenan increíble!, ¿pero no íbamos a casarnos?’

‘¿Casarnos, Ezequiel? Por el mismo precio de la boda podríamos viajar por casi un año. Si trabajamos como lo hace el resto de la población y viajamos cada año por veinte días, entonces requeriríamos de 12 años para haber viajado trescientos sesenta y cinco días. Y si por cada viaje debemos comprar pasajes de ida y regreso y viajar largas distancias, nuestras posibilidades de alcanzar destinos distantes se reducen. Pero si viajamos por un año y vamos llegando a lugares lejanos poco a poco, los costos de regresar a casa y volver a salir se eliminan, los tiempos de viaje se acortan, podemos ver más, experimentar más, comparar lugares, tradiciones, culturas y comidas. Viajar por el mundo cambiará nuestras vidas’.

Ezequiel permaneció en silencio observando la oscuridad de la noche. Seis meses después se despidieron de sus padres y amigos y tomaron el taxi que los llevaría al terminal de buses, desde donde empezarían su odisea por los cinco continentes. Cargaban sus mochilas más grandes a la espalda, una más pequeña sobre el pecho y a los costados bolsas con provisiones alimenticias que la familia les había hecho. Iban abultados, eran principiantes en el arte de viajar, pero estaban contentos. Experimentaban ansiedad por lo que vendría, un cierto temor a lo desconocido, una especie de melancolía por dejarlo todo atrás, pero sin embargo se sentían con fuerza, se tenían el uno al otro para ayudarse y acompañarse ante cualquier situación, nada más podía importar. Olvidaron por completo la idea del matrimonio y la madrugada de un 17 de agosto, su viaje por el mundo empezó.

## **UNA TRADICIÓN MEDIEVAL**

Una noche navegando por el río Amazonas, Ezequiel tomó de su mochila un libro que llevaba. Escucha esto Amanda, le dijo y continuó, en voz alta:

Aunque se pueda pensar que el matrimonio ha existido por siempre, la realidad es que sus orígenes, los que conocemos hoy en día, tienen poco menos de 2000 años y se establecen en las postrimerías del Imperio Romano. En la Antigua Roma, la castidad no era una virtud y casarse sucedía solamente cuando un miembro de una clase social elevada deseaba transmitir su patrimonio a sus descendientes directos, en lugar de que lo recibieran otros miembros de la familia o amigos. Es solo a finales del Imperio, en que el acto matrimonial empieza a tomar forma y a imponerse como regla general.

Y así comenzó. Una tarde de verano del año 424 DC, Augusto César Turino, jefe y propietario de la familia Turino (entiéndase hijos, sirvientes, esclavos, ganado y otras propiedades), se dirigió a la casa de la familia Rufo, en Galia-Roma, en busca del jefe de familia, Marco Antonio Rufo, padre de Helena, una hermosa joven de apenas veintidós años. Deseaba llegar a un acuerdo con él para que su hijo, Adriano, se casara con ella.

Tanto Marco Antonio, como Augusto César, formaban parte de la nobleza romana, la clase de los patricios que dominaba la sociedad, eran amigos desde hacía años, se conocían en abundancia y deseaban unir a sus familias con los lazos del matrimonio. Adriano y Helena también se conocían bastante bien, desde la infancia; habían escuchado desde siempre las propuestas de sus padres de que se casaran y no les molestaba, eran buenos amigos. Sin embargo, las edades infantiles no eran momento para concretar aquellas consideraciones nupciales, así que nunca se ejerció por ninguna de las partes, demasiada presión.

Todo cambió al volverse ambos adolescentes. Al verla Adriano frecuentemente, en las carreras, en el teatro y en los espectáculos del anfiteatro, convertida en una dama, acompañada de sus doncellas, no pudo esperar mucho tiempo para inquirir a su padre que había llegado el momento de reclamarla como su mujer. Acordaron que no pasaría de aquella semana para que Augusto César se reuniera con Marco Antonio con el fin de ultimar los detalles.

El encuentro entre ambos padres se dio una tarde en el patio interior de la casa de Helena (una sólida vivienda de adobe, de una planta), recubierto de paredes incrustadas de mosaicos con decoraciones de guerreros valientes, dioses benefactores, escenas de la vida diaria romana y recuerdos conmemorativos de batallas. Vestidos ambos con sus togas blancas, se sentaron uno frente a otro a la mesa, siendo servidos por los esclavos con porciones de huevos, queso, miel, leche y fruta, una cena abundante.

‘Quiero que mi hijo Adriano se case con Helena’, dijo Augusto César imperativamente cuando se quedaron solos. ‘¿Cuánto dinero quieres por

ella?’

‘Somos amigos de años, Augusto. Nuestros hijos y nuestras familias se merecen mutuamente. Helena es mi primogénita, Adriano se llevaría mi mayor tesoro con ella. Cuarenta sólidos es lo menos que puedo aceptar’, contestó Marco Antonio.

Los sólidos bizantinos eran las monedas del imperio, estaban hechas de oro y tenían la imagen del emperador Constantino I en el anverso y la cruz griega en el reverso.

‘Te los entrego, cuarenta sólidos bizantinos por Helena. Acepta el pago de parte de mi hijo Adriano’, afirmó Augusto César, depositando sobre la mesa las monedas.

Sin siquiera pensar acerca del valor mencionado, había tomado una pequeña bolsa de terciopelo rojo que llevaba consigo, dejando caer efusivamente sobre la mesa las pesadas monedas de oro, que resonaron sobre ella, sellando con ello el pacto.

‘Guarda nuevamente las monedas Augusto, no me hace falta contarlas, confío en tu honradez y en la de tu hijo’, concluyó Marco Antonio, sin apartar la mirada de su compañero de mesa.

Cerrado el trato, la cena continuó hasta tarde, con rondas de vino y otros entremeses. Aquella misma noche, Augusto César regresó a casa con la gran noticia para su hijo.

‘Adriano, en pocos días te casarás con Helena’, le dijo al verlo, e inmediatamente se retiró a su aposento.

Treinta días más tarde, una tarde soleada de agosto, el día de la boda llegó. Helena estaba radiante para el momento, vestía de toga blanca, llevaba el rostro cubierto con un velo de color rojo que apenas lo ocultaba. Salió de su casa acompañada de sus familiares, vestidos con elegantes túnicas, quienes la condujeron a son de flautas y cánticos hasta la casa del novio, en la que se celebraría el banquete de bodas. Marco Antonio, su padre, iba junto a ella, esperaba que todo el pueblo de la Galia se enterara de lo que estaba sucediendo. Para eso habían organizado tan magnífica procesión. El fin último de la misma era dar fe y testimonio ante la comunidad, de que la familia Rufo validaba y respaldaba el compromiso de Helena con Adriano Turino. Este, formaba parte de uno de los requerimientos culturales del matrimonio de esa época, hacer pública la unión de las dos personas.

Al llegar la comitiva frente a la puerta de entrada, Adriano salió de su casa, se acercó a Helena y la tomó firmemente del lado de su padre, levantándola sobre sus brazos, traspasando inmediatamente, con ella en

vilo, el umbral hacia el interior, con lo que dio a entender a todos los presentes, que la aceptaba como esposa. Enseguida ingresaron el resto, esperando únicamente al sacerdote, para que iniciara el ritual del matrimonio. Al vivir Helena y Adriano en Galia, la tradición estipulaba que la bendición religiosa debía realizarse en el lecho matrimonial y no en la iglesia, como sucedía en Italia; en Galia, resultaba más importante la consumación íntima de la pareja santificada, antes que el rol de la Iglesia en la decisión.

El sacerdote se hizo esperar, recién al caer el sol, llegó al aposento de los Rufo. Se trataba de un hombre regordete y de baja estatura, llevaba consigo, bajo el brazo derecho, los elementos necesarios para officiar la bendición nupcial.

Apenas hubo llegado, se dirigió con voz parsimoniosa a los novios. 'Helena, Adriano, es hora de empezar', les dijo. Enseguida se dirigieron hacia la habitación.

Siendo ambos novios respetuosos de las tradiciones, caminaron detrás del hombre regordete hacia el que sería el lugar de la consumación matrimonial, cerraron, al entrar, la puerta que los separaba del resto de la casa. Un tanto avergonzados por mostrar su desnudez a un extraño, se despojaron ambos de sus túnicas, tomando, desnudos, posición sobre la cama. Inmediatamente, entre besos y caricias, consumaron su unión marital, mientras el religioso, de pie frente al lecho, acompañado de una serie de letanías cristianas, con sus instrumentos religiosos en mano, los incensaba y rociaba con agua bendita.

'Bendice Padre a esta pareja, porque lo que une Dios, no lo separe el hombre', se escuchaba en ocasiones la voz del sacerdote, mezclada con los suspiros de la pareja, provenientes de la cama.

Una vez terminado el acto, Adriano y Helena quedaron unidos como marido y mujer. Adriano quedó prohibido de mantener relaciones con una concubina (prohibición establecida por Constantino, gracias a la influencia del obispado) y la única manera de separarse sería para ellos el divorcio.

Pocos minutos más tarde, ya santificados, felices, vistiendo elegantemente sus túnicas, la pareja de casados se reunió nuevamente con sus familiares y allegados. Los festejos continuaron durante tres días, entre deliciosos alimentos y cuantiosas bebidas. Borrachos de amor, la mañana siguiente a la última noche de festejos, Helena y Adriano se acercaron a las autoridades civiles con el fin de establecer el acuerdo de propiedad entre ambos, otro requisito indispensable de la institución romana para reconocer la validez legal de las uniones matrimoniales.

Declararon y firmaron la aceptación de que Helena pasaba a ser propiedad de la familia Turino y salieron del lugar. Al caminar de regreso hacia su

casa, demasiado alegres con su nuevo estado de casados, no escucharon que en una calle cercana, una procesión similar a la de Helena, cuatro días antes, estaba teniendo lugar.

Se trataba de Hortensia y Rómulo, ambos contemporáneos a los anteriores, pero de ascendencia germana, no gala. Su historia, algo distinta de la anterior, complementa el proceso que, tras varios años, desencadenó la tradición matrimonial de la actualidad.

Para ellos, una pareja con años de conocerse debido a sus lazos familiares, la unión, más que una formalidad, representaba simplemente un acto social que quedaría validado con su cohabitación y su deseo de tener hijos en común. No muchos días antes de la procesión, Rómulo y su padre habían decidido que la unión del primero con Hortensia se daría con su compra, por lo que esperaban llegar a un acuerdo con la otra familia, con el fin de que la compensación no superara los cuarenta y tres (43) sólidos bizantinos.

Decidido a ello, el padre de Rómulo visitó una noche, a la hora de la cena, al padre de Hortensia. Llevaba dentro de su toga una pequeña bolsa con las cuarenta y tres monedas exactas, pues no esperaba pagar una compensación mayor. Habló entre copas de vino y pedazos de pan, de que deseaba acordar el matrimonio entre ambos hijos, dejando que fuera el padre de Hortensia quien estipulara el valor del intercambio de propiedad de su hija.

‘Después de mi mujer, Hortensia es la mujer a la que más adoro, Cipriano. Si quieres que tu hijo se case con ella, deberás pagarme cuarenta sólidos’.

En ese momento, en Cipriano se manifestó una enorme sonrisa. Al ser un valor menor al que había pensado, se alegró en abundancia; sagazmente, sin que el otro advirtiera su maniobra, excluyó tres monedas de la bolsa y se la entregó al padre de Hortensia, cerrando con ello el pacto.

‘Cuarenta sólidos en esta bolsa’, dijo, ‘como prueba de la honra que merece tu hija Hortensia para mi familia. Acéptalos de nuestra parte’.

‘Los acepto, desde ahora, Hortensia es parte de tu familia’.

No pasaron veinte días de aquello, que Hortensia era conducida por su familia, con intensa algarabía, hacia la casa de Rómulo, donde se llevaría a cabo la celebración. Con la procesión nupcial, que Adriano y Helena no observaron al salir del edificio de la autoridad civil, las familias de la nueva pareja daban a conocer a la población de Galia, no solo que consentían el traspaso físico de la mujer de una familia a otra, sino que consentían en que se dé el traspaso del poder legal que recaía sobre Hortensia, que

ahora tenía un nuevo propietario.

Aquella noche, al igual que hicieron Helena y Adriano en su momento, pero esta vez sin un sacerdote que los acompañara, Hortensia y Rómulo caminaron hacia la habitación de boda, cerrando la puerta tras de sí. Según la tradición germana, simplemente con la cohabitación y la unión sexual de ambos, su matrimonio quedaba validado. No requerían de homenajes religiosos ni bendición alguna. Luego del acto, salieron a reunirse nuevamente con sus familiares, festejando de igual manera, por largas horas, su unión marital.

Un día después se presentaron ante las autoridades civiles romanas, en el mismo recinto en el que lo hicieran Helena y Adriano. Declararon y aceptaron su nueva relación de propiedad y salieron del lugar. Al salir, observaron que una comitiva de soldados, con sus espadas cortas en las manos, pasó a prisa frente a sí.

Por su parte, según las tradiciones de su pueblo, a diferencia de Adriano, Rómulo aún quedaba libre de ejercer el concubinato y la poligamia. Sin embargo, dada la cristianización de los germanos por parte de la iglesia, esas prácticas fueron poco a poco eliminadas y los derechos de los hijos ilegítimos, deteriorados.

De esta mezcla de costumbres romano-germánicas y la influencia de la iglesia, nació entre los siglos VI y IX, el modelo de familia que conocemos hasta hoy, es decir, un grupo unitario de residencia compartida, formado por una pareja (hombre y mujer) y sus descendientes directos, cuyo vínculo se caracteriza por tres factores distinguibles entre sí: 1. La simetría, dada por la familia nuclear (padre-madre-hijos); 2. El mantenimiento de una misma estructura, identificada con el linaje paterno; y 3. El factor emocional que une a todos sus miembros (el amor).

Otros elementos modernos, típicos de los matrimonios, como el vestido blanco de la novia, surgieron mucho tiempo después. Este, por ejemplo, fue popularizado con el matrimonio de la reina Victoria de Inglaterra con su primo, el príncipe Alberto de Saxe-Coburg y Gotha, en 1840. El vestido blanco, más que un símbolo de extravagancia, influyó la sociedad como una muestra de la pureza sexual que encarnaba. Rituales como el desayuno de bodas, los discursos del novio, del padre o de la novia, la primera pieza de baile como pareja y el cortar juntos el elegante cake de bodas, son tradiciones posteriores.

‘Ya para’, dijo Amanda. ‘Demasiada información del matrimonio por hoy. Desde el Imperio Romano hasta hoy, ¿cuánto tiempo ha pasado?’

‘Según lo que dice aquí, son diecisiete siglos que lleva practicándose esta

tradición’.

‘Mucho tiempo, ¿no crees? ¿Por qué, hoy en día, las personas siguen casándose?’

## **VARANASI: UN ESCENARIO DEVASTADOR**

Varanasi es la ciudad de la India localizada a lo largo del famoso río Ganges, en la que se reúnen, entre templos mortuorios y pasadizos estrechos, lo mejor y lo peor del mundo. Conocida como el infierno en el cielo, la ciudad de los muertos y la ciudad sagrada, emociones intensas se pueden sentir en ella desde la llegada. Al salir del terminal de trenes, una decena de hombres se amontona en la acera principal esperando tomar pasajeros, y batalla entre sí por ganar una carrera. Las calles son caóticas, es común escuchar los pitos de los transportes subir de tono uno tras otro mientras luchan por sortear todo tipo de obstáculos que se presentan en el camino, desde vacas sagradas, turistas, vendedores de hashish, estiércol, perros flacuchentos, mujeres cubiertas en túnicas negras (burkas) y sadhus (hombres santos) de largos pelos con largas barbas, vestidos en trajes naranja.

Con toda aquella anarquía reunida en un solo lugar, es usual que para muchas personas, la ciudad sea demasiado intensa, demasiado sucia, demasiado todo lo malo que el mundo puede presentar. Aunque también es usual que para otras personas en cambio, Varanasi resulte un paraíso incomparable, lo mejor que el mundo ha podido establecer. Las emociones que se sienten son diversas e intensas, pero nunca se deja de percibir algo especial.

Sin conocer tales antecedentes, a ella llegaron Amanda y Ezequiel, atraídos por su deseo de conocer de cerca lo más intenso que podía ofrecer India. A pesar de que ya habían atravesado Rajastán, Nueva Delhi y Bombay, desde el inicio Varanasi superó todas sus expectativas. Encontraron, a su llegada, que entre los límites de la ciudad se mezclaban todas las razas y culturas existentes, se permitían todas las religiones, y las prácticas ancestrales menos ortodoxas salían a la luz.

Para Amanda, desde el primer día, la ciudad se convirtió en el infierno en su máximo esplendor, le molestaba caminar teniendo que evitar las vacas y el estiércol, se le oprimía la garganta con el aire espeso mezclado con la ceniza de los muertos emanada de los templos y el polvo de la calle levantado por los Tuk-Tuk. Los oídos le zumbaban con el ruido de los pitos y los comerciantes, aborrecía salir de la hostel en la que se hospedaban, y lo único que anhelaba era que llegara el día en el que pudiera subir al bus que la haría salir de ahí. Para Ezequiel, en cambio, la ciudad se tornó en el escenario perfecto para hacer fotografías, observar los brumosos amaneceres desde el templo a un costado de Dashashwamedh Ghat, y descifrar cada uno de los simbólicos eventos que se manifestaban durante

el día y la noche en la ciudad.

Por supuesto, la diferencia de opiniones los hizo discutir, y no era para menos, llevaban 4680 horas de viaje sin haberse separado ni un solo momento. La energía de Varanasi causó que la mínima aspereza entre los dos provocara el estallido.

Al tercer día de haber llegado, Ezequiel decidió que las primeras horas de la mañana eran las mejores para recorrer la ciudad, de esa manera se evitaba el calor y el gentío, y los contrastes provocados por la luz permitían obtener mejores fotografías. Se despertó cuando el sol apenas salía, preguntándole a Amanda si lo quería acompañar. Ella se negó, por supuesto, odiaba Varanasi, y Ezequiel salió de la habitación. Antes de irse, en un segundo de confusión, recordó que debía asegurar la puerta al salir, bloqueó la salida desde fuera con el candado y se marchó luego, dejando a Amanda plácidamente dormida en su prisión. Tres horas más tarde, después de haber disfrutado de los mejores escenarios de Varanasi y presenciado las hogueras de los muertos a un costado del río, se encontró nuevamente frente a la puerta de la habitación. Otros dos extranjeros con quienes habían hecho amistad la noche anterior se acercaron a él.

‘¿Saliste temprano a recorrer la ciudad?’, le preguntaron.

Él lo afirmó, ‘creo que es mejor caminar cuando el bullicio es menos intenso’.

‘Tienes razón’, le dijeron. ‘¿Te convirtieron los santos hindús?, rieron haciendo una señal en sus frentes.

‘Me dejé llevar’, les dijo.

‘¿Y Amanda se quedó fuera?’

‘No, se quedó en la habitación, prefirió descansar un poco más’.

Al observar los gestos de sus rostros cuando lo vieron soltar el candado, se percató del error, entonces suspiró y entró a la habitación donde Amanda permanecía recostada en la cama, al parecer, aún dormida. Se levantó apenas lo sintió frente a sí, observándolo fríamente, reconociéndolo un tanto sudoroso, observando trazadas en su frente tres rayas blancas, propias de los santos Sadhú que recorrían la ciudad.

No pronunció mayores palabras luego de contestar el saludo, y tampoco eran necesarias, su rostro por sí solo manifestaba el enojo que sentía. Permanecieron en silencio un largo período, cada uno abstraído en sus pensamientos, sin el ánimo necesario para iniciar una nueva conversación. Finalmente, Ezequiel tomó la palabra, le preguntó por qué se encontraba molesta, lo que fue suficiente para que ella desatara todo lo que sentía

por dentro. Le reclamó por haberla encerrado en el cuarto, por haberse convertido al hinduismo (lo decía por las franjas en la frente), por haberla abandonado tanto tiempo. De nada sirvieron las disculpas ni el esfuerzo por solucionar la situación. Amanda sentía una gran presión por dentro, Varanasi ejercía tanta influencia en ella, que su interior se había convertido en una copia de su perspectiva de la ciudad: áspera, amarga, molesta. De súbito surgieron reclamos del pasado, culpables, frases desagradables que nunca es aconsejable pronunciar, jamás se gritaban pero la conversación se volvió insostenible, habían alcanzado el punto de quiebre y decidieron que lo mejor era la separación. Sacaron las cosas de sus mochilas y las dividieron, cada uno rearmó la suya, únicamente con lo que era de su pertenencia.

‘Voy a estar en el templo budista’, dijo Ezequiel, saliendo de la habitación con un libro en su mano. Ella no contestó.

En la tranquilidad que ofrecía el patio del templo, una explanada alta frente al caudaloso río Ganges, Ezequiel se preguntaba qué era lo que había salido mal. Observaba la calma de los monjes al realizar sus actividades cotidianas, buscaba en ellos la respuesta, se distraía con los monos que caminaban por los techos, con las aves que volaban y los hombres que se bañaban en el río. Estaba seguro de haberle preguntado a Amanda si quería acompañarlo, también estaba seguro de haber escuchado un no como respuesta. Era verdad que se había demorado, pero a Amanda no le gustaba la ciudad, le molestaba salir, y a las ocho de la mañana cuando regresó, ella apenas había despertado. Ni siquiera se había percatado del encierro. Había algo más que la aturdía, pero Ezequiel no sabía exactamente qué.

Poco tiempo después ella apareció, se colocó junto a la baranda del patio, de frente al largo pasaje que bordeaba el río por varios kilómetros de norte a sur. Lo observaba desde lo alto de la explanada, aunque sin prestarle atención. Ezequiel la había visto llegar, habían cruzado miradas ambos, pero cada uno permanecía en su lugar. El calor de Varanasi envolvía la tarde, una manada de búfalos caminaba en la planicie, al otro lado del río, con dirección a la corriente, seguramente para refrescarse. Pronto, él entendió que debía acercarse, se colocó a su lado y conversaron por un momento, se disculparon, pero a pesar de ello, la tensión continuó. Con ciertas frases se interpretaron mal los conceptos, se derramaron lágrimas, el sol continuó su recorrido hacia el oeste oscureciendo la tarde, oscureciendo la relación de Ezequiel y Amanda, dejando que fueran únicamente los difuntos quienes brillaran desde sus hogueras ardientes.

Es el precio que se paga al compartir con una persona tanto tiempo sin separarse. El día que Amanda y Ezequiel empezaron su recorrido por el mundo, ese mismo día iniciaron también una vida en la que terminaron con su independencia. El uno se volvió la sombra de la otra, y viceversa. Desde levantarse hasta acostarse, las horas y los minutos los vivían en

pareja. Las decisiones sobre el futuro las tomaban entre los dos, poniendo en consideración sus opiniones diversas, los problemas que aparecían los enfrentaban sobre la marcha, analizando sus opciones, la realidad del entorno siempre cambiante e impredecible, a veces incluso tenebroso.

Su relación era, sin serlo, la de un matrimonio en la que se deben enfrentar de igual manera momentos difíciles y situaciones alegres, considerar el presupuesto, planificar el futuro, analizar en qué invertir y finalmente verse cada día aunque se esté molesto. Los dos únicos aspectos que los diferenciaban de una pareja de casados eran: 1) que no contaban con un papel firmado en un juzgado y 2) que no contaban con el consentimiento de la iglesia. Por el resto de situaciones, vivían lo mismo que estando casados.

Pero a pesar de no haber firmado un papel en el que se estableciera legalmente que la una estaba casada con el otro, lo cierto es que eran igualmente dependientes, y que el bienestar del uno era el bienestar de ambos, al igual que las desazones los afectaban a los dos. Aquella noche en Varanasi, lo más drástico del caso era que al encontrarse en un país en el que eran extranjeros, y en donde no tenían amigos, parientes o conocidos que los ayudaran, cualquier decisión que tomaran debía ser meditada con mayor profundidad. Mucho más aún el pensar en una separación. Por ello, aquella noche la tensión que los envolvía a ambos era mayor. Habían separado ya sus pertenencias, habían regresado a su habitación y se encontraban sentados sobre la cama, sin hablarse. Solo hacía falta dar el siguiente paso, que uno de los dos abandonara la hostel y se marchara a otra. ¿Debía hacerlo Ezequiel, debía irse Amanda?

## **¿POR QUÉ NOS CASAMOS?**

Hay que reconocerlo, una boda es algo que pasa una sola vez en la vida. Incluso para quienes se casan en varias ocasiones, la boda es algo demasiado importante, un evento único para las dos personas que se unen en matrimonio. Desde el momento de la proposición, cuando la mujer recibe del hombre el anillo, acompañado de la frase '¿Te quieres casar conmigo?', la ilusión que provoca la llegada de ese día especial transforma la vida de los novios, haciéndolos caminar por un sendero esplendoroso y fragante, en el que todo es emoción y alegría. Y no es para menos, aceptar pasar el resto de tu vida con la misma persona, es una decisión que no se debe tomar a la ligera, por lo que quienes deciden casarse, asumimos, están totalmente seguros del compromiso.

Empieza la cuenta regresiva con la proposición de matrimonio, la mujer debe encargarse de encontrar su vestido, el hombre su traje, y ambos comunicar sus intenciones de casarse, repartir las invitaciones, escoger la iglesia, su corte, practicar con ella; contratar el catering, la música, la banda, los dulces, la torta, el trago, la decoración, el carro que los llevará a la recepción, la noche de bodas, la luna de miel, escribir los votos, y... el

listado continúa, pero es necedad citarlo. Hasta que finalmente llega el mágico y añorado día, los novios se alistan por separado, ella se embellece con su vestido blanco, él, de negro, luce galante, y aun así los nervios los embargan a ambos por el nivel de emoción que pueden sentir.

Los minutos transcurren, la iglesia entera reboza de flores e invitados, el sacerdote alista sus implementos casorios, las campanas esperan el momento para resonar. Llega el novio puntualmente, su presencia es glamorosa, su madre lo admira; en su traje oscuro se traslada elegantemente hacia el frente, hacia el lugar en donde recibirá a su amada. La novia, por su parte, se hace esperar, no descuida ningún detalle, quiere lucir radiante. Por fin llega, desciende del auto acompañada de su padre como una princesa descendería de un corcel, los asistentes se ponen de pie formando un pasadizo real para aquella maravillosa doncella. Los flashes la iluminan, las miradas se posan sobre su belleza, pero no hay una entre todas, que la mire con más amor y deseo que la de aquel hombre que la espera enfrente junto al altar. Aquella mirada la guía sublimemente como en un hechizo junto a él; al posarse a su lado se toman de la mano, intercambian sus almas a través de sus ojos, suspiran fija y profundamente. Voltean hacia el sacerdote y la ceremonia empieza. Ambos aceptan, se prometen unión, respeto y amor eternos. Los declaran marido y mujer, se besan, y salen tomados de la mano, felices por aquel paso que acaban de dar, llenos de ansias e ilusiones. Lo que pase después de aquel día maravilloso será ya cuestión de cuánto se quieran, se entiendan y puedan superar las pruebas que les ponga el destino. La boda es un evento único, mágico y especial, en verdad lo es.

Por qué entonces Amanda no deseaba un matrimonio con Ezequiel, sino que le propuso viajar por el mundo.

La respuesta es sencilla, Amanda sabía que viajar en conjunto con una persona era la mejor manera para poner a prueba su relación y de paso, invertir eficientemente su dinero y su tiempo. En resumen, era la mejor inversión que podían hacer en sus vidas.

Es común escuchar a una pareja de enamorados, después de meses o años de noviazgo, querer dar un siguiente paso en su relación. En todos los casos, el matrimonio aparece como ese próximo nivel al que las parejas deben llegar, como si el noviazgo no fuera suficiente, como si únicamente al casarse, la relación entre la pareja cerrara su ciclo y se completara. ¿De dónde nació esa falacia?

Las parejas de enamorados están formadas por dos personas que conviven por separado, usualmente en casa de sus padres. Por regla general, su relación se basa en encuentros casuales, en los que comparten diferentes experiencias, pero nunca responsabilidades compartidas duraderas. No deben velar jamás por el mantenimiento de una casa, por el cuidado de los hijos, por el pago de alquileres, la compra

de alimentos, la reparación de tuberías, etc. Su grado de responsabilidad mutua se limita a no hacerse daño, a no traicionarse, a comprarse regalos y a cumplir con los eventos sociales.

Es solo en el matrimonio, cuando las responsabilidades más importantes pasan a ser compartidas y la cohabitación se realiza, que relación de enamorados cambia. Pero, ¿se debe eso al matrimonio como tal, o más se debe al hecho de que la pareja pasa a vivir en un mismo espacio y a compartir una vida en común? Objetivamente, el matrimonio genera únicamente un cambio importante en la relación de la mayoría de parejas. Consigue que ambas personas empiecen a convivir y compartan todas las obligaciones que eso conlleva. Por ejemplo, si se analizan los dos casos siguientes:

**Caso 1:** Si luego de la celebración del matrimonio las dos personas siguen viviendo cada uno por separado, aquel siguiente nivel no se alcanza, pues las obligaciones compartidas no llegan a suscitarse.

**Caso 2:** Si la pareja se casa, pero cada uno termina viviendo en diferentes ciudades o diferentes países, el siguiente nivel tampoco se alcanza.

En ambos casos se podría hablar de enamorados con un título legal de casados, pero no de un compromiso de pareja. Por más que legalmente y religiosamente se encuentren casados, en la práctica, su relación no es la de un matrimonio, sino la de conocidos o amigos o cualquier otra cosa, menos la de un matrimonio. Se deduce entonces, que lo que cierra el ciclo de las relaciones de pareja es el convivir y el experimentar en conjunto todas las obligaciones y experiencias de una vida bajo el mismo techo, pero no es en el acto matrimonial como tal en el que radica ese siguiente paso al que los enamorados se enfrentan. Es la convivencia diaria la que significa el cambio más radical en la relación de una pareja. El experimentar y afrontar en conjunto todo lo que la vida les entrega y les quita.

La convivencia, sin embargo, ha estado vetada por la sociedad desde hace mucho tiempo, lo que tiene que ver en gran parte con la historia evolutiva de nuestra civilización.

Gracias al matrimonio, las familias perpetúan su estirpe, la herencia surgida de su abolengo, pueden reconstruir su historia con información basada en sus antepasados, y reconocer de tal manera su pureza o mezcla racial. Su establecimiento permite diferenciarnos por nuestro linaje. Por otro lado, con el matrimonio, los hijos tienen una protección legal, en la que ambos, padre y madre deben abogar por su cuidado. Gracias a él, los bienes pasan de generación en generación, lo que impide que la riqueza se transfiera a otras manos; se conserva el patrimonio

familiar.

En cuanto a temas públicos, es indiscutible que tiene validez para mantener un registro cuidadoso y preciso de los ciudadanos. Regula las relaciones dentro de la sociedad. Las actas matrimoniales en los juzgados, así como los registros de los nacimientos y su fichaje dentro de una respectiva familia, permiten conocer la manera exacta en la que nos interrelacionamos. No queda duda, de por qué razón el matrimonio sigue considerándose tan importante, mientras la convivencia (el verdadero hecho que marca el cambio radical en la relación de una pareja) sigue siendo visto con recelo, como algo negativo.

Eso, Amanda y Ezequiel lo entendieron y por ello decidieron cambiar la tradición del matrimonio por la del **Matrimondo**, cerrando su unión no con una boda, sino con un viaje de un año por el mundo. En lugar de intercambiar anillos intercambiaron mochilas, en lugar de celebrar una fiesta de un día compraron un pasaje de avión sin fecha de regreso, en lugar de disfrutar de la noche especial de bodas disfrutaron de trescientas sesenta y cinco (365) noches especiales en distintos países.

No requerían de un documento legal que garantice su unión, no era su objetivo trascendental el perpetuar la estirpe ni los bienes, ni tampoco les interesaba que existiera registro público con el cual documentar sus relaciones interpersonales. El compromiso que adquirieron en el **Matrimondo**, no requería la validación de un papel firmado ante un juez, ni el intercambio de anillos u otros rituales similares.

‘Entendimos que no es el matrimonio lo que une a las personas, sino la confianza mutua, el saber a ciencia cierta que ninguno se fallará ante ninguna situación’, contestaban Amanda y Ezequiel, cuando les preguntaban por qué no estaban casados.

Ese pequeño detalle cambia por completo las relaciones humanas y las relaciones de pareja. Fundamentalmente, al haber confianza, queda sin piso la necesidad de legalizar una relación, de asentar ante un juez la validez de una unión. Nunca tuvieron necesidad, Amanda y Ezequiel, de firmar un contrato entre ellos para saber que los bienes que comprarían en conjunto serían de ambos, ni tampoco para reconocer que debían responder en conjunto ante los percances. Ellos entendieron que la única razón para el matrimonio era el dar continuidad a una antigua tradición, que ve en aquel acto, un símbolo de estabilidad social. Mas no vieron en él, algo que fuera estrictamente necesario, pues su vida ya era estable y su relación no requería de ninguna validación social para continuar.

Al viajar por el mundo compartieron siete (7) días a la semana, veinticuatro (24) horas del día, ocho mil setecientos sesenta (8760) horas, juntos, sin separarse. Experimentaron en conjunto realidades múltiples y desconocidas, estuvieron en contacto con personas de pensamientos,

creencias y hábitos distintos, vivieron ambientes y situaciones chocantes, tuvieron que actuar muchas veces de prisa, sin el tiempo necesario para analizar las posibilidades, llegando a conocerse en los escenarios más variados, dejando en evidencia sus falencias, sus miedos, lo más extremo de su carácter y de su pensamiento, pero también todas sus habilidades, sus virtudes, muchas de ellas escondidas y sin posibilidad de expresarse al vivir en una vida plana, donde nada fuera de lo común sucede. Como bien lo sabía Amanda, viajar por el mundo con otra persona (convivir con ella 24 horas al día en escenarios diversos) pone a prueba cualquier relación. Es uno de los retos más difíciles para saber si una pareja puede entenderse y llevar una vida en conjunto.

Amanda y Ezequiel nunca firmaron un documento ante un juez, ni asistieron a recibir la bendición de un sacerdote. Simplemente establecieron un compromiso tácito entre ellos, con el cual declararon que serían portada y contraportada del mismo texto, por lo que su historia por el camino la escribirían entre los dos, enfrentando las vicisitudes de la vida mutuamente.

Durante su viaje no recibieron juicio de nadie por no tener anillos de matrimonio, ni por no estar casados. Sus días no fueron menos felices por no ser marido y mujer. Amanda y Ezequiel entendieron que el matrimonio es simplemente una tradición que se puede cambiar, que lo más importante, antes que un papel notariado, es el compromiso mutuo al que llegan dos personas adultas con la facultad de decidir su destino por sí mismas. Para ellos, el sello que definió su compatibilidad fue viajar en conjunto por el mundo. Y el mundo es el mejor escenario para poner a prueba la estabilidad de una pareja.

## **LAS COSAS PUEDEN COMPLICARSE**

Una tarde de julio, Amanda y Ezequiel desembarcaron de un taxi frente a un gran arco adornado con dragones y hombres en posición de batalla. Habían decidido abandonar China (su tiempo de legalidad en el país había concluido) y descubrir lo que les podía ofrecer Vietnam. Recorrieron el largo pasadizo que los condujo hasta las oficinas migratorias, donde sellaron sus pasaportes con las estampas de salida, quedando todo listo para cruzar hacia el país del sur.

La frontera se encontraba en una amplia zona montañosa sin poblados a la vista. La estatua de un cañón arrastrado por búfalos e impulsado por soldados, era sinónimo de que se encontraban en una antigua zona de guerra. Ambos puestos fronterizos, dotados de prominentes edificios migratorios, adornados con los colores patrios, estaban separados apenas por una explanada de un kilómetro de distancia; algunas construcciones de la época colonial francesa aparecieron como su primer encuentro con Vietnam. Amanda y Ezequiel imaginaban lo sucedido en aquel lugar cientos de años atrás, mientras se dirigían hacia migración vietnamita.

Pocos minutos después, presentaron en un primer control sus pasaportes y continuaron hacia la oficina principal. Eran las seis y cuarenta y cinco, el sol había desaparecido ya, pero los últimos rayos de luz que asomaban por el horizonte, creaban en el cielo, sobre las montañas, una combinación de colores pasteles que sobrecogían al espectador.

Ya en migración, comentaban acerca de lo delicioso que sería degustar la comida de su siguiente país asiático antes de irse a dormir, cuando el oficial a cargo, un hombre amable en traje militar color oliva, les solicitó la visa.

‘¿No podemos obtener visa al arribo?’, preguntaron. ‘Leímos que podíamos hacerlo’.

‘La pueden pedir pero debieron haber aplicado por internet con antelación. No los puedo dejar pasar’.

En un error de lectura, Amanda y Ezequiel habían confundido sus posibilidades. Llegaron a Vietnam seguros de poder obtener el visado a su llegada, pero la realidad les demostró lo contrario. Un chorro de agua helada impactó en ese momento sobre ambos, las afiladas agujas de la noticia punzaron sus cuerpos e incluso sus huesos hasta lo más profundo. Agradecieron secamente al oficial y se marcharon, ¿qué hacer en ese momento?, su ansiedad se multiplicó a prisa, se encontraban en tierra de nadie, ni en China ni en Vietnam, resignados, en medio de aquella desierta explanada, tan vacía como su espíritu en ese preciso instante.

‘¿Qué hacemos?’, preguntó Amanda, angustiada por la situación, cargada de un enorme deseo de llorar. ‘Te dije que revisemos bien los requerimientos’.

‘Ya no podemos hacer nada. Volvamos a China a ver qué sucede’.

Los metros de regreso los atravesaron en silencio, observando como la llegada de la noche ensombrecía aquella estatua de búfalos, cañones y guerreros, irónicamente, testigo solitario de que ellos también se encontraban batallando contra lo que la vida les ofrecía en ese momento. Frente a las puertas de entrada de migración china, sucedió lo inimaginable, las puertas se encontraban cerradas. Sin posibilidades de ingresar a ninguno de los dos territorios, sus opciones se reducían a nada. Se encontraban en una ex zona de conflicto armado, apenas en 1979, ochenta y seis mil (86.000) soldados chinos habían atacado por tres frentes el norte vietnamita durante la guerra, y ahora ellos, Amanda y Ezequiel, eran extranjeros sin permiso de entrada, en medio de ambos países.

‘¿Qué vamos a hacer Ezequiel?’

‘Podemos acampar, mañana, apenas abran la frontera, intentamos volver a China’.

‘¿Estás loco? ¿Sabes qué pasaría si nos encuentran acampando aquí?’

‘¿Nos deportarían?’.

‘Siendo eso lo mejor que podría sucedernos. ¡Nos pueden meter a la cárcel Ezequiel!’.

‘¿Tienes otra idea, Amanda?’

El paso del tiempo solo limitaba aún más las acciones a tomar. Algo debían hacer y hacerlo pronto, no podían dedicar su escaso tiempo a discutir. Tomaron las linternas de sus mochilas y empezaron a caminar hacia un rincón apartado, detrás del monumento de los búfalos. Al contraste de la luz que salía de sus frentes, los hombres que impulsaban agitadamente el cañón, parecían tomar nuevamente vida.

‘¡Deténganse inmediatamente ahí!’ , alguien gritó.

Lo que sintieron en ese momento se asemejaba a lo que se siente al recibir un impacto de bala cuando el arma se dispara por accidente, nerviosismo, miedo, parálisis de todo el cuerpo. Sus miembros se helaron, sudaban frío.

‘¿Qué hacen aquí?’ , Preguntó el oficial chino que había sellado las estampas de salida.

‘No pudimos entrar a Vietnam. Necesitamos visa’ , susurró Amanda, con voz entre cortada.

‘Acompáñenme a la oficina, debo revisar sus pasaportes’ , añadió el oficial, con autoridad.

Nuevamente en migración, a la espera por el oficial y sus pasaportes, la soledad y el silencio de la sala ahondaban la preocupación que Amanda y Ezequiel sentían. Se veían tras las rejas de una cárcel fronteriza, o siendo deportados de regreso a su país de origen. Lo único que podían hacer era esperar.

Las pisadas del oficial acercándose a la sala hicieron que ambos se tomaran de las manos. Lo que sucediera lo aceptarían, estaban juntos en aquella situación y juntos saldrían de ella, pasara lo que pasara. El oficial apareció imponente bajo el marco de la puerta con los pasaportes en la

mano. Se mostraba serio.

‘Revisé sus pasaportes’, dijo, en tono seco y frío. Hizo una larga pausa. Amanda y Ezequiel se apretaron de las manos. Tomaron aliento, sudaban frío. Finalmente, el oficial sonrió. ‘Bienvenidos de regreso a China’, les dijo.

El latir de sus corazones reinició. Volvieron a respirar. Habían permanecido en tierra de nadie, temblado ante la posibilidad de ser llevados de regreso a su país o peor aún de ser encerrados en la cárcel. Por fin pudieron tomar de nuevo sus maletas y caminar en busca de qué hacer de ahí en adelante con sus vidas. Sus planes habían cambiado inesperadamente, la realidad era diferente a la que habían imaginado y ahora debían actuar sobre la marcha, en base a las nuevas circunstancias ofrecidas.

‘¿Lo ves?’, preguntó Ezequiel. ‘La vida da giros inesperados, ¿para qué te preocupaste tanto? El futuro es incierto, jamás sabremos ni podremos controlar lo que sucederá’.

‘¿Y qué hacemos? ¿Aceptar todo lo que nos pase?’

‘Aceptarlo todo. Estaremos bien sin preocuparnos tanto’.

Esa noche durmieron en Pingxiang, un pueblo encantador del sur de China que nunca antes pensaron descubrir.

## **MATRIMONDO**

Dejemos por un momento el matrimonio y empecemos a hablar del **Matrimonio**. **Matrimonio** significa comprender que la prosperidad y el bienestar de una relación en pareja no recaen en un documento legal o en la bendición de un sacerdote, sino en la convivencia diaria y en la experimentación conjunta de la vida. **Matrimonio** significa entender que no somos ciudadanos de una sola nación, sino ciudadanos del mundo y por lo tanto, con el derecho y la obligación de explorarlo y conservarlo.

Al seguir los pasos del **Matrimonio** no hace falta más nada para crear una relación sólida y para formar una familia. Después de eso no existe ya la necesidad de otro acto. La confianza mutua y el conocimiento interpersonal que se genera al viajar por el mundo con la misma persona, son más fuertes que dos anillos de boda, una misa nupcial y una fiesta majestuosa (es decir, el matrimonio).

Al pasar Amanda y Ezequiel ocho mil setecientos sesenta (8760) horas en conjunto, alrededor del mundo (nuestra casa), lograron crear un profundo conocimiento y respeto, estar totalmente seguros de lo que podían

esperar el uno del otro y lo que no.

Viajar en pareja solidificó su relación, profundizó el conocimiento que el uno tenía del otro, incrementando el amor y la confianza, eliminando los miedos, sacando a relucir lo mejor de cada uno para el bienestar conjunto. Dejar el matrimonio y seguir los pasos del **Matrimonio** les permitió definir, a los dos, de qué manera querían vivir, cómo querían que fuera su mundo. Al finalizar su viaje tenían la certeza de lo que deseaban para su futuro; pudieron tomar sin mayores problemas la decisión de no regresar a su país sino de radicarse en China ( a pesar de la diferencia cultural, de idioma, de comida) porque conocían a profundidad la manera en la que el otro pensaba, cómo deseaba vivir y lo que sentía.

Lo que alcanzaron en el **Matrimonio** fue un **Mundo Compartido**. La idea de una relación descansa en factores más relevantes que la simple firma de un documento legal o un evento religioso. La relación de una pareja prescinde de tal necesidad porque una relación radica en el compromiso y el amor mutuo, lo que se alcanza al convivir con la otra persona, compartir objetivos comunes y poseer maneras de ver el mundo similares. No con un acto social.

Al vivir el **Matrimonio** se experimentan momentos de frustración, de no saber si seguir adelante con la misma persona. Se tienen discusiones y enojos, momentos de dolor, de tensión, pero también de alegría, de emoción y de risa. Se vive de todo y en cada situación se decide en pareja cómo reaccionar. Sé es como un matrimonio, con la única diferencia de que en el **Matrimonio** no hay acto religioso ni civil.

**¿Quieres casarte conmigo?** En lugar de eso por qué no decidir salir a explorar el mundo.

A costos similares, que escogerías tú: ¿ahorrar para casarte o ahorrar para dejarlo todo y conocer el mundo?

Una boda es una gran fiesta. Lo gozarás y los recuerdos y las fotos serán espectaculares. Serás rey o reina por un día. Es una gran opción tomar ese paso. Pero ten en cuenta la posibilidad que dejas: el aprendizaje surgido de la convivencia por el mundo tiene un poco de las diferentes realidades, de las diferentes culturas y maneras de vivir de diferentes personas, tiene muchos más sabores, fiestas, colores, tragos, paisajes, invitados, alimentos, decoraciones, flores, vestidos, razas, idiomas que lo que se puede reunir en una boda.

Dejar la opción del matrimonio y tomar la del **Matrimonio** es un cambio en la manera de pensar, una pregunta distinta para afianzar un compromiso y el futuro de una pareja puede transformarse y descubrir un

mundo increíble (nuestro planeta). Solo hay que arriesgarse.

## **EPÍLOGO**

Sentados sobre la cama de su habitación, en la hostel en Varanasi, ni Amanda ni Ezequiel tomaron la decisión de irse. Ambos supieron que lo mejor que podían hacer era olvidarlo todo y continuar. Era obvio que se querían y que lo que habían vivido aquel día, había sido simplemente un momento de incomodidad, como muchos otros que podrían llegar. Debían aprender de la situación, evitar cometer los mismos errores, perdonarse por cualquier malentendido que pudieron haber causado, mirarse fijamente a los ojos, abrazarse y dejar lo malo atrás. Su relación era demasiado parecida a Varanasi, con sus altos y sus bajos, una mezcla de sensaciones y de sentimientos que se debía aceptar y proteger, porque a pesar de causar estragos, los volvía únicos y más fuertes, le proporcionaba a su relación el aprendizaje que provocan la experiencia y la convivencia diaria (lo que un papel firmado en un juzgado y la bendición en una iglesia, por sí solos, no podrían lograr jamás). Las pruebas más duras forman las parejas más fuertes. El **Matrimonio**, a más de ser una dura prueba por el mundo (nuestra casa), es una experiencia única en la vida, que solo ocurre durante 365 días o por toda la vida.

## **REFERENCIAS:**

Luis Rojas Donat, Para una historia del matrimonio occidental. La sociedad romano-germánica. Siglos VI-XI. Revista: Theoria 2005 14(1)